

Vocablos con mucho cuento 1



Créditos

«Vocablos con mucho cuento vol.1» a.isanta

Primera edición, julio de 2025

Editado en Spain

Libro digital en formato PDF

Diseño de la cubierta y maquetación: a.isanta

Contacto:

culturanimapro@gmail.com

[a.isanta](#)

Reservados todos los derechos.

©2025, «Vocablos con mucho cuento vol.1» a.isanta

Está prohibida la reproducción física o digital de este libro con finalidades comerciales sin el permiso del autor.

Vocablos con mucho cuento
vol. 1

a.isanta

Caminar por las vías

Kira vivía en un pequeño pueblo olvidado por el tiempo, donde los relojes parecían avanzar más despacio y el polvo cubría las paredes de ladrillo como una piel vieja. Rodeado de rieles oxidados y campos marchitos, el lugar tenía algo de fotografía antigua, como si su alma hubiera quedado atrapada en un sepia perpetuo. El único sonido que rompía la calma era el silbido lejano del tren nocturno, que cada noche cruzaba los límites del pueblo sin detenerse jamás.

Todos sabían que no era un tren cualquiera. Lo llamaban *El Susurro*. Nadie sabía de dónde venía ni adónde iba. No transportaba pasajeros ni carga visible. Solo humo, sombras y un silbido que helaba la sangre. Había una regla no escrita entre los habitantes del pueblo: nunca caminar por las vías cuando el tren venía. No por superstición, sino por una certeza antigua, de esas que se transmiten en silencio, en miradas y suspiros, sin necesidad de palabras.

Pero Kira no creía en cuentos. Tenía diecisiete años y un hambre feroz de respuestas. Mientras otros aceptaban el misterio con resignación, ella necesitaba entender. ¿Qué podía tener de especial un tren? ¿Por qué esa advertencia tácita? ¿Qué escondían esas vías cuando el mundo dormía?

Esa noche, Kira esperó a que todos en casa se acostaran. Se puso su abrigo más grueso, tomó una linterna y salió sin hacer ruido. La luna, casi llena, proyectaba sombras fantasmales sobre los rieles, como si los árboles y postes quisieran disuadirla. Pero ella siguió adelante, decidida.

El aire olía a óxido y a algo más: una mezcla de tierra mojada y hojas muertas. A lo lejos, el silbido del tren resonó por primera vez. Lento, agudo, como un lamento arrastrado por el viento. Kira se estremeció, pero no se detuvo. Sus botas resonaban sobre las piedras del camino, y su linterna apenas alcanzaba a iluminar unos metros más allá.

A medida que avanzaba, el silbido se hacía más cercano... y más humano. No era solo un sonido mecánico: había en él un tono quebrado, casi como si alguien gimiera a través del vapor. De pronto, sus pasos comenzaron a resonar en un eco que no era suyo. Miró hacia atrás. Nada. Sin embargo,

una presión invisible le recorrió la espalda, como si alguien —o algo— la observara.

Fue entonces cuando lo oyó: un susurro apenas audible, casi devorado por el viento.

—No debiste venir...

Kira se detuvo. El corazón le latía con fuerza, golpeando en su pecho como un tambor. Giró sobre sí misma con la linterna temblando en sus manos. Nada. Solo la niebla empezando a levantarse.

Y entonces apareció.

En la distancia, el tren asomó por la curva, con sus luces brillando en la oscuridad. Pero no eran luces comunes. Brillaban como ojos, ojos inmensos y amarillos, como los de un lobo en plena noche. El humo que salía de la locomotora no ascendía, sino que se arrastraba por el suelo, como dedos buscando algo que agarrar. Y con él vinieron las figuras.

Emergieron de las sombras, desdibujadas al principio. Rostros pálidos, vacíos, sin ojos ni boca, solo siluetas que flotaban alrededor de las vías como marionetas rotas. Se acercaban sin moverse, como si fueran arrastradas por el viento. Kira quiso correr, pero sus piernas no respondieron. Era como si el frío se le hubiera incrustado en los huesos.

El tren se acercaba, su silbido ahora desgarrador. Las figuras estaban más cerca. Una de ellas alzó una mano... o lo que quedaba de ella. Era una mano huesuda, traslúcida, que parecía suplicar.

—Devuélvelo... —musitó.

Kira tembló.

—¿Devolver qué? —logró decir.

—El nombre... —respondieron todas a la vez, en una cacofonía que le perforó los oídos—. Lo tomaste... lo dijiste en voz alta.

Y entonces lo recordó. De niña, había jugado en el viejo almacén del ferrocarril con su primo. Una vez, entre risas, habían encontrado una lista empolvada de pasajeros del tren. Él le retó a leer uno en voz alta. Kira, sin

pensarlo, eligió el que más raro le pareció: *Caleb Morh*. Nada ocurrió entonces. Pero ahora... ahora entendía.

Las figuras no eran sombras. Eran los que habían sido olvidados, los que habían subido al tren sin retorno. Cada vez que alguien pronunciaba un nombre de aquella lista, un alma se liberaba... para buscar reemplazo.

El tren ya estaba sobre ella. No venía sobre los rieles: flotaba, rozando la realidad como un espejismo rugiente. Kira gritó, por fin, pero nadie la oyó. Cuando el tren la atravesó, el frío fue absoluto. No solo físico, sino existencial, como si todo en ella —pensamientos, memorias, voz— se disolviera en la niebla.

Y luego, el silencio.

Al amanecer, los habitantes del pueblo hallaron sus huellas en los rieles. Se detenían abruptamente donde el tren la había alcanzado. No había sangre, ni ropa, ni linterna. Solo las marcas de sus pasos... y una ligera hendidura en la grava, como si alguien hubiese caído de rodillas antes de desaparecer.

Desde entonces, el silbido del tren suena distinto. Más agudo, más burlón. Como si riera.

Y en las noches más frías, si uno escucha con atención, puede oír un murmullo apenas audible entre el silbido y el viento:

—Kira... Kira... ven con nosotros...

Porque los que suben al tren, ya no bajan. Y los que se atreven a romper la regla... se convierten en parte del viaje eterno.

El asedio de las Ucronías

Hacía años que la humanidad se había enfrentado a un enemigo inesperado: las Ucronías. Estas realidades alternativas comenzaron a filtrarse en la línea temporal original, trayendo consigo fragmentos de mundos que nunca debieron existir. Al principio, parecían curiosidades inofensivas: un monumento a Napoleón victorioso en Waterloo aparecía en París, o avistamientos de dinosaurios en los suburbios de Nueva York. Pero pronto, estas anomalías se multiplicaron.

La primera señal de que algo iba realmente mal fue el día en que el cielo se llenó de lunas. Nadie supo cuántas había, porque su número cambiaba a cada parpadeo. Algunas eran familiares, con cráteres bien conocidos, mientras que otras estaban cubiertas de vegetación, como jardines colgantes que orbitaban en silencio. Había quien juraba haber visto ciudades enteras en aquellas lunas, con luces que parpadeaban como si alguien, o algo, viviera allí. Los telescopios se volvieron obsoletos; cada observación contaba una historia distinta.

El caos alcanzó su punto culminante cuando el mismísimo flujo del tiempo comenzó a tambalearse. A medianoche, podías encontrarte desayunando con un pariente que había muerto décadas atrás, o abrir un armario y descubrir un invierno que nunca habías vivido. Los gobiernos intentaron imponer reglas a lo irracional: mapas del tiempo que intentaban organizar qué días eran reales y cuáles no, pero la futilidad del esfuerzo pronto quedó al descubierto. Cada hora traía nuevas invasiones: autómatas con corazones de ámbar, bibliotecas enteras flotando en el aire, árboles que cantaban en idiomas olvidados.

Fue entonces cuando llegaron los testimonios de los "derramados", como se empezó a llamar a aquellos que, sin previo aviso, aparecían en nuestra realidad desde las ucronías. Uno de los más recordados fue el caso de Lázaró del Horizonte Roto, un hombre con piel de obsidiana y ojos de plata, que aseguraba provenir de un mundo donde el sol nunca había salido. "En mi mundo," dijo, "el día es un rumor. Hemos aprendido a vivir de la luz que emana del suelo, pero nunca había imaginado un lugar tan cegador

como este.” Lázaro hablaba con una cadencia que hipnotizaba, y su presencia era tan magnética como aterradora.

Conforme las ucronías seguían vertiéndose, empezó a surgir un patrón en su locura. Los fragmentos de realidades alternativas parecían gravitar hacia personas específicas, como si las ucronías buscaran anclas. Los anclados, como se les llamó, comenzaron a experimentar cambios profundos: lenguas desconocidas fluían de sus bocas, sus sombras adoptaban formas que no correspondían a sus cuerpos, y algunos incluso afirmaban recordar vidas que nunca habían vivido. Para ellos, las fronteras entre las realidades eran tan delgadas como el aire.

Una de las más estudiadas fue Emilia Torrens, una artista que, tras un encuentro con una ucronía, desarrolló la capacidad de pintar paisajes que nadie podía identificar. En uno de ellos, un mar negro como el petróleo se extendía bajo un cielo de fuego azul, donde enormes criaturas similares a ballenas volaban en círculos lentos. Emilia afirmaba que había estado allí, aunque solo por un instante. Su obra fue estudiada por científicos y místicos por igual, pero ninguno pudo determinar si eran visiones, recuerdos o simplemente delirios.

Con el tiempo, algunos aprendieron a navegar las ucronías. Se les conoció como los Caminantes. Estos individuos podían entrar en los fragmentos alternativos y regresar, trayendo consigo artefactos imposibles: relojes que marcaban la hora en tres dimensiones, flores que crecían hacia abajo y frascos de un líquido que cambiaba de color según las emociones de quien lo sostenía. Pero los Caminantes también pagaban un precio. Cada viaje les dejaba más desconectados de nuestra realidad; sus voces adquirían ecos que no correspondían al espacio en que se encontraban, y sus reflejos parecían moverse con un ligero desfase.

El más legendario de los Caminantes fue Haruki Sato, un antiguo científico convertido en explorador de lo imposible. Haruki descubrió que las ucronías no eran simples aberraciones, sino fragmentos de un multiverso que se había resquebrajado por completo. “Somos una gota en un vaso roto,” dijo en una de sus últimas entrevistas. “El problema no es que las ucronías nos invadan, sino que nuestra propia realidad está siendo absorbida por ellas.”

En un intento por estabilizar el caos, Haruki lideró una expedición al Corazón Fractal, un punto teórico donde todas las realidades convergían. La expedición fue un éxito a medias: lograron llegar al Corazón, pero solo Haruki regresó. Trajo consigo un mapa, o al menos algo que llamaba así, aunque no era más que un conjunto de formas geométricas que parecían cambiar cada vez que alguien intentaba interpretarlas. Haruki se volvió reservado y extraño tras su regreso, y algunos afirmaban que ya no era él mismo, sino una versión de otro mundo que había tomado su lugar.

Conforme el tiempo avanzaba –si es que la palabra “avanzar” seguía teniendo sentido–, la humanidad empezó a adaptarse. Las ciudades se rediseñaron para acomodar las fluctuaciones de la realidad: edificios que podían convertirse en ruinas en un parpadeo eran reconstruidos con materiales que se reconfiguraban solos. Los mercados se llenaron de productos de mundos imposibles: frutas que cantaban al ser peladas, herramientas que solo funcionaban cuando nadie las miraba, y juguetes que enseñaban filosofía a los niños.

Pero, a pesar de todos los esfuerzos, las ucronías seguían creciendo, y una pregunta empezó a susurrarse en todas partes: ¿Y si nuestra realidad no era la original? Quizá, pensaban algunos, nosotros también éramos un fragmento, una ucronía que había invadido otra línea temporal. Este pensamiento se volvió una obsesión para muchos, y comunidades enteras se dedicaron a intentar "recordar" la línea original, aunque nadie podía ponerse de acuerdo en qué había sido.

El mundo –o los mundos– se convirtieron en un mosaico de maravillas y horrores. Había quienes se resistían, buscando formas de restaurar la normalidad, y quienes abrazaban el caos, creyendo que en la fragmentación estaba la verdadera libertad. La humanidad, dividida entre estas dos posturas, comenzó a redefinir su existencia. Ya no era cuestión de preservar lo conocido, sino de encontrar significado en un universo donde nada era fijo.

Al final, fue un niño quien formuló la pregunta que nadie había osado plantear: “¿Y si las ucronías nos necesitan tanto como nosotros a ellas?” Nadie supo cómo responderle, pero la pregunta quedó suspendida en el aire, como una luna más en el cielo infinito.

El ataque de los Oxímoron

Era un día soleadamente nublado en Ciudad Contradictoria. Los habitantes, expertos en vivir su caótica tranquilidad, comenzaban la mañana con sus rutinas de espontaneidad: desayunos organizadamente desordenados, paseos apresuradamente lentos y conversaciones silenciosamente ruidosas. Todo marchaba como de costumbre, es decir, de forma impredecible, hasta que el cielo decidió tomar el protagonismo.

Primero llegó un "silencio atronador", un sonido tan intenso que dejó a todos petrificados por el ruido de la nada. Las aves se detuvieron en pleno vuelo, flotando inmóviles como si fueran globos llenos de helio pesado. Luego, apareció una nube "oscuramente brillante", iluminando con sombras cada rincón de la ciudad. Algunos habitantes sacaron paraguas translúcidamente opacos, mientras otros se pusieron gafas para ver mejor la oscuridad.

De aquella nube salió el ejército de los Oxímoron, seres con cabezas cuadradamente redondas y corazones fríamente cálidos. Caminaban con una gracia torpemente elegante, sus pasos resonando como ecos ensordecedores en la nada atronadora. Mientras avanzaban, lanzaban "mudas palabras" que rebotaban como pelotas invisibles contra las fachadas de los edificios. Un señor con barba joven exclamó: —¡Esto es absolutamente relativo!

El alcalde de Ciudad Contradictoria, conocido por su "sabia locura", se subió a una tarima que no estaba ahí hasta que lo estuvo. Vestía su característico traje formalmente informal, con una pajarita que no sabía si quería ser corbata. Alzó la mano y lanzó un "grito silencioso", un gesto que normalmente calmaba cualquier revuelo, pero los Oxímoron parecían inmunes. Continuaron avanzando, transformando todo a su paso en un "caos organizado": las farolas brillaban apagadas, los semáforos mostraban rojo, verde y amarillo simultáneamente, y los gatos ladraban con miau en cada esquina.

Entonces apareció Sofía, una niña "valientemente asustada" que siempre llevaba consigo su "espada de espuma dura". Era una espada que parecía

tan inútil como poderosa, un arma ideal para un día contradictorio. Con pasos firmemente dudosos, se acercó al líder de los Oxímoron, un "gigante diminuto" llamado Paradoja. Su rostro cuadradamente redondo reflejaba una calma inquietante, y sus ojos, llenos de vacío, brillaban opacos.

—¿Qué queréis? —preguntó Sofía con una voz fuerte pero temblorosa.

Paradoja, con un "murmullo ensordecedor", respondió: —Buscamos un lugar donde la contradicción sea aceptada.

Sofía pensó por un momento, sosteniendo su espada como si fuera un cetro de autoridad. Finalmente, sonrió con una "triste alegría" y dijo: —Ciudad Contradictoria puede ser vuestro hogar. Aquí todos somos un poco absurdos.

Los Oxímoron se detuvieron de inmediato. Su "perfecta descoordinación" se transformó en un "orden desordenado" mientras intercambiaban miradas que no se miraban. Finalmente, celebraron con un "silencio festivo" tan ruidoso que las ventanas temblaron sin romperse.

Desde ese día, los Oxímoron se integraron en el día a día de Ciudad Contradictoria. Los gigantes diminutos se volvieron panaderos que horneaban panes fríamente calientes, taxistas que manejaban coches inmóviles y jardineros que cuidaban flores marchitas llenas de vida. El caos organizado se intensificó: los relojes continuaron marcando horas atemporales, las paredes de las casas eran transparentemente sólidas, y los ríos fluían hacia arriba con una serenidad tempestuosa.

Un día, Sofía se encontró nuevamente con Paradoja en la plaza principal, donde la fuente lanzaba agua seca al ritmo de un reloj de arena que contaba minutos eternos. —¿Estáis contentos aquí? —le preguntó, sentándose en un banco incómodamente cómodo.

Paradoja asintió con una expresión contradictoriamente clara. —Este lugar es exactamente lo que necesitábamos. Somos entendidos por no ser entendidos.

Sofía sonrió. Sabía que, en Ciudad Contradictoria, la normalidad era el mayor de los absurdos, y eso lo hacía perfecto.

Con el paso del tiempo, los habitantes se adaptaron a las nuevas "normas anormales". Las escuelas enseñaban "lecciones olvidables", las bibliotecas

se llenaron de "libros vacíos" que narraban historias interminablemente cortas, y los días soleadamente nublados se volvieron la regla. Los Oxímoron se convirtieron en parte esencial de la ciudad, aportando un toque de coherente incoherencia que todos aprendieron a amar.

Así, Ciudad Contradictoria, con sus contradicciones armoniosas, continuó su existencia como el lugar más "normalmente extraño" del mundo, un hogar para todos aquellos que sabían que la vida, como todo, no tiene sentido, excepto cuando lo tiene.

El detective

El detective la invitó a pasar, y ella, con el impermeable empapado, cruzó el umbral con una mezcla de resignación y determinación. La oficina estaba exactamente como había imaginado: las persianas a medio abrir, un ventilador oxidado girando sin razón aparente y un escritorio que tambaleaba con cada leve movimiento. Y allí, en el centro del caos, el detective.

Se sentaron. Él, con una chaqueta que había visto mejores días y un pitillo colgando de los labios, indicó con su dedo índice un punto en la mesa. El humo formaba espirales que se elevaban hacia el techo, como si compartieran su aire de misterio. Su expresión era una mezcla entre picardía y agotamiento, aunque claramente no del tipo de agotamiento que lleva a la cama, sino al vaso más cercano.

—Ahí —dijo, aunque su voz era innecesaria; el gesto lo había dicho todo.

Ella asintió, sacó un fajo de billetes y los dejó en el punto exacto que él había indicado. Los billetes descansaron sobre el viejo escritorio con un suave “plop”, absorbiendo la luz mortecina de la única lámpara de la habitación. La tormenta en el exterior proporcionaba la banda sonora perfecta, con truenos que parecían subrayar cada acción.

—¿Esto será suficiente? —preguntó ella, sin abrir la boca, solo arqueando las cejas de una manera que hubiera hecho envidiar a cualquier mimo.

El detective, también en silencio, alzó ligeramente un hombro y ladeó la cabeza, como diciendo: “Lo veremos”. Entonces tomó el fajo, lo revisó con la misma calma que un abuelo revisa las ofertas del supermercado y lo guardó en un cajón que chirrió como una puerta en una película de terror.

—Ahora, los datos —dijo ella finalmente, con una voz que llevaba más hielo que la tormenta misma.

El detective sonrió, dejando caer el pitillo en un cenicero desbordado de colillas. Abrió un cajón diferente del escritorio y sacó un sobre marrón que estaba tan arrugado como las esperanzas de alguien al final de un mal día.

Lo colocó en la mesa con un gesto teatral, arrastrándolo hacia ella como si estuviera entregando el Santo Grial.

—Todo lo que necesita está ahí —dijo, inclinándose hacia atrás y encendiéndose otro pitillo. Esta vez, su sonrisa era más amplia, casi infantil, como si acabara de ganar una partida de poker.

Ella tomó el sobre con cuidado, como si fuera un explosivo, y lo abrió lentamente, dejando que el papel rugiera como las olas golpeando un acantilado. Lo que encontró adentro la hizo fruncir el ceño.

—¿Esto es una broma? —preguntó, sosteniendo una fotografía borrosa de algo que podría ser un perro o un bolso abandonado.

El detective levantó ambas manos, simulando inocencia.

—Es todo lo que tengo... por ahora —dijo, haciendo un ademán que podía interpretarse como “paciencia” o “pégame si quieres, no me importa”.

Ella cerró el sobre con un gesto decidido y se levantó, dejando caer su impermeable mojado en la silla con un ruido sordo. La tormenta fuera seguía arreciando, pero ahora el sonido era un telón de fondo para su furia.

—Escúchame, Humphrey Bogart de pacotilla —dijo, cruzando los brazos—. Te estoy pagando una pequeña fortuna, así que más te vale que aparezcas con algo mejor antes de que termine la semana.

El detective soltó una carcajada que terminó en una tos seca.

—Tranquila, querida. Este es solo el aperitivo. El plato principal está en camino.

—Espero que no sea tan borroso como esto —replicó ella, dejando caer la fotografía en la mesa con desdén. Luego se giró, ajustó su sombrero y salió con un portazo que hizo tambalear las persianas.

El detective se quedó solo en la oficina, observando la fotografía con una sonrisa ladeada. La tormenta seguía rugiendo afuera, pero en el interior todo parecía haberse quedado en pausa. Tomó el fajo de billetes de nuevo y lo contó por segunda vez, murmurando para sí mismo.

—Una chica lista, pero todavía le falta paciencia —dijo, arrojando la fotografía al cenicero y encendiéndola con la colilla que acababa de apagar.

Mientras el papel se retorció en llamas, sacó un sobre diferente de su bolsillo interno, mucho más limpio y sin arrugas. Lo abrió, echó un vistazo a su contenido y asintió con aprobación.

—El plato principal está listo —susurró para sí mismo, guardándolo de nuevo y tomando su abrigo del perchero. Con un gesto rápido, apagó la lámpara y abandonó la oficina, dejándola en penumbra, con el ventilador girando incansablemente sobre el escritorio.

Allá afuera, la tormenta lo envolvió como un viejo conocido. Caminó por las calles inundadas con la confianza de alguien que sabe exactamente hacia dónde va. La lluvia golpeaba su sombrero y caía en cascadas por los bordes, pero él no parecía notarlo.

En una esquina poco iluminada, se detuvo frente a un coche negro estacionado bajo un farol parpadeante. Tocó la ventanilla con los nudillos, y esta bajó lentamente, revelando a un hombre con cara de pocos amigos y una cicatriz que cruzaba su mejilla.

—¿Tienes lo que pedimos? —preguntó el hombre, con una voz tan rasposa como el pitillo del detective.

El detective sacó el sobre limpio y se lo entregó.

—Todo aquí. Pero dile a tu jefe que la próxima vez será el doble. Las tormentas no son mi clima favorito.

El hombre de la cicatriz lo observó con desconfianza, pero finalmente asintió. Mientras el coche arrancaba y desaparecía en la oscuridad, el detective encendió otro pitillo y se quedó allí, bajo la lluvia, contemplando la ciudad con una mezcla de orgullo y melancolía.

—No hay descanso para los que saben demasiado —murmuró, antes de caminar hacia un bar cercano donde la noche prometía ser tan larga como la tormenta. Pero esa, claro, es otra historia.

El poder de Hazlo

Quino había llegado al límite. Durante años, la palabra "hazlo" se había infiltrado en su existencia como una melodía pegajosa y opresiva. Cada vez que alguien se la lanzaba como una daga verbal, algo en su interior se revolvía. No era solo la molestia de hacer lo que otros evitaban, sino una sensación más oscura, más visceral: "hazlo" resonaba en su pecho como un eco venenoso que lo consumía desde dentro.

La primera vez que notó el verdadero poder de esa palabra fue en una tarde de verano. Tenía nueve años y su madre le ordenó:

—Quino, ¡hazlo! ¡Barre las hojas del jardín!

La palabra flotó en el aire, pero esta vez parecía diferente. Era más pesada, más densa. Apenas salió de los labios de su madre, Quino sintió un pinchazo en la palma de su mano derecha. Miró hacia abajo y vio, con horror, que una pequeña espina negra había brotado de su piel. Era apenas del tamaño de una pestaña, pero estaba allí, de nuevo enterrándose lentamente.

Con el tiempo, cada "hazlo" acumulaba más espinas en su cuerpo. Algunas eran invisibles, otras sobresalían de sus brazos o piernas. Nadie más parecía notarlas, pero Quino podía sentir las. Pinchaban su carne, perforaban sus pensamientos, lo hacían sangrar por dentro.

A los veinte años, su jefe le dijo en tono imperativo: —Quino, hazlo. Revisa los informes antes de medianoche. Entonces algo cambió. Ya no sintió solo el pinchazo de las espinas. Esta vez, la palabra le dejó un regusto amargo en la boca, como si hubiese mordido un fruto podrido. No lo soportó más. Esa noche, mirándose al espejo, murmuró para sí mismo: —¿Qué pasaría si no lo hiciera?

La idea lo electrizó. Por primera vez, se rebeló.

Al día siguiente, cuando alguien le dijo "hazlo", él respondió:

—No quiero.

El mundo no se derrumbó. Pero algo extraño ocurrió: las espinas en su cuerpo empezaron a moverse. Como si estuvieran vivas, se deslizaron bajo

su piel y se agruparon en su pecho. Sintió un dolor agudo, como si su corazón estuviera siendo envuelto por una zarza.

En sus sueños, apareció un hombre con un sombrero de copa hecho de palabras. Cada hebra del sombrero era un verbo conjugado. El hombre le dijo:

—Quino, el "hazlo" no es solo una orden. Es un pacto. Cada vez que obedeces, entregas un pedazo de tu voluntad.

Las espinas que sientes son los fragmentos de ti mismo que has perdido.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Quino desesperado.

—La única forma de detenerlo es encontrar al primer "hazlo" que escuchaste y devolvérselo.

Cuando despertó, estaba decidido a romper el ciclo. Pero, ¿cómo encontrar el primer "hazlo"? Sus recuerdos eran como un laberinto. Recordaba vagamente a su madre gritando en la cocina, a su maestra señalándolo con una tiza, pero ¿cuál había sido el primero?

Empezó un viaje surrealista en busca de su pasado. Decidió visitar a su madre, ahora una anciana que vivía sola en una casa llena de relojes. Cada reloj marcaba una hora diferente, como si el tiempo estuviera descompuesto en esa casa.

—Madre, ¿recuerdas la primera vez que me dijiste "hazlo"?

Ella lo miró con ojos vidriosos y respondió:

—¿El primer "hazlo"? Oh, Quino, eso fue hace tanto tiempo... Creo que fue el día que naciste. Te miré en la cuna y pensé: "Hazlo. Respira".

Quino se estremeció. ¿Era posible que el "hazlo" hubiera estado con él desde su primer aliento? Decidió ir más allá. Consultó a un lingüista que vivía en una biblioteca flotante, un lugar donde los libros se mantenían suspendidos en el aire como medusas en el océano.

—El verbo "hacer" tiene raíces profundas —dijo el lingüista, mientras hojeaba un diccionario gigante que parecía vivo—. Pero su conjugación en

imperativo, "haz", es especial. En ciertas culturas antiguas, se creía que las palabras imperativas tenían poder mágico. Alguien que te dice "hazlo" te transfiere una carga espiritual.

La revelación lo dejó sin aliento. Quino entendió que "hazlo" no era solo una palabra, era un hechizo. Y él había sido el recipiente de miles de hechizos lanzados por todos a su alrededor.

Decidido a liberarse, Quino decidió deshacer el hechizo. Siguiendo las instrucciones del lingüista, viajó a un bosque donde los árboles musitaban conjugaciones verbales al viento. Allí, encontró un lago negro como el carbón. En su superficie, flotaban palabras en relieve. Tocó el agua y vio su propio reflejo, pero no era su rostro habitual. Era un niño, el pequeño Quino que había escuchado por primera vez el "hazlo".

El niño le dijo:

—Tienes que decirlo tú ahora. Tienes que devolver el "hazlo" al universo.

Quino cerró los ojos y, con toda la fuerza de su ser, gritó:

—¡¡¡Hazlo!!!

El eco de su voz reverberó por todo el bosque. Los árboles se agitaron, las palabras en el agua se disolvieron y las espinas en su pecho comenzaron a caer, una por una, al suelo. Por primera vez en años, Quino sintió que podía respirar sin dolor.

Cuando abrió los ojos, el lago había desaparecido. Estaba de vuelta en su casa, pero algo había cambiado. La palabra "hazlo" ya no le pesaba como antes. Ahora entendía que no era la palabra lo que tenía poder sobre él, sino su propia decisión de obedecerla.

A partir de ese día, cuando alguien le decía "hazlo", sonreía y respondía:

—Lo haré si quiero.

Y por primera vez en su vida, Quino era libre.

En un mundo paralelo

En un mundo donde los cielos eran púrpuras y los mares de plata líquida, los humanos no eran los guardianes del conocimiento. Esa tarea recaía en los "Luminaris", seres etéreos hechos de luz y energía, que flotaban sobre ciudades construidas en árboles gigantescos cuyos troncos eran tan anchos como montañas. Estos seres alimentaban la vida con su sabiduría y protegían el equilibrio de todas las cosas.

Pero un día, el equilibrio se rompió. Una grieta se abrió entre ambos mundos y comenzó a filtrarse una sombra: el "Umbral", una fuerza oscura que devoraba la luz y el conocimiento. Nadie sabía de dónde venía ni por qué había despertado, solo que estaba destruyendo los pilares que sostenían el universo.

Amara, una joven humana curiosa y valiente, vivía en las aldeas situadas a la sombra de los inmensos árboles. Desde niña, había sentido una conexión especial con los Luminaris. Mientras otros los veneraban desde lejos, ella había encontrado formas de comunicarse con ellos a través de cantos y meditaciones. Fue esa conexión la que la guió hacia un descubrimiento inesperado.

Una tarde, mientras exploraba las profundas y retorcidas raíces de uno de los árboles madre, encontró un antiguo código sellado en cristal. Al tocarlo, una voz resonó en su mente, como un eco de siglos pasados. Decía que el Umbral solo podría ser sellado si alguien de carne y hueso tocaba el "Corazón del Alba", un cristal oculto en lo más profundo del océano de plata. Era una misión que nadie había intentado antes, pues las aguas plateadas eran un misterio temido incluso por los Luminaris.

Cuando Amara llevó el código ante los ancianos de su aldea, estos trataron de disuadirla. “Es una locura, un suicidio”, decían. “Las aguas te consumirán antes de llegar al fondo. Deja que los Luminaris encuentren otra solución”. Pero Amara no podía esperar. Cada día que pasaba, el Umbral creaba nuevas fisuras en el cielo púrpura, y su oscuridad se filtraba en la tierra, marchitando los campos y debilitando a los árboles madre.

Los Luminaris, testigos de su determinación, decidieron ayudarla. Reunieron su energía en un halo de luz que envolvió a Amara, protegiéndola del frío y la oscuridad. “Te guiaremos hasta el Corazón del Alba”, le dijeron, “pero el acto final debe ser tuyo”.

El viaje comenzó una mañana tranquila, cuando el cielo apenas comenzaba a teñirse de un naranja suave. Amara navegó en una pequeña embarcación hecha de madera de los árboles madre, que flotaba grácilmente sobre la densa plata del océano. Los Luminaris la acompañaban, sus formas resplandecientes reflejándose en las aguas como destellos de estrellas.

Mientras se adentraba en el mar, la luz comenzó a menguar. El horizonte, antes claro y vibrante, se tornó sombrío. Las sombras del Umbral se manifestaban como tentáculos negros que emergían de las profundidades, intentando alcanzar a Amara. Con cada ataque, los Luminaris proyectaban un escudo de energía que los repelía, pero la tensión aumentaba.

“El Corazón del Alba está cerca”, anunció uno de los Luminaris, su voz como un rayo de sol en medio de la oscuridad. Amara preparó su respiración y aseguró el código en su cinturón. Sabía que el último tramo sería suyo.

Cuando la embarcación alcanzó un punto donde el agua parecía volverse cristalina, Amara sintió un tirón en su corazón, como si algo la llamara desde el fondo. Sin vacilar, se sumergió. La energía de los Luminaris la rodeaba como una segunda piel, permitiéndole moverse libremente en el denso líquido plateado.

Las profundidades eran aún más inquietantes. Criaturas desconocidas se movían en la penumbra, y los ecos de las sombras resonaban como murmullos. Sin embargo, Amara no se detuvo. Finalmente, vio un destello: el Corazón del Alba. Era un cristal inmenso que latía con una luz cálida y dorada, como si contuviera el amanecer mismo.

Al acercarse, las sombras del Umbral se congregaron a su alrededor, formando una barrera viviente. Los Luminaris, desde la superficie, hicieron un último sacrificio. Vertieron toda su energía en un único rayo de luz que atravesó las aguas, creando un camino directo hacia el cristal. Amara nadó con todas sus fuerzas, sintiendo cómo la energía de los Luminaris se desvanecía poco a poco.

Cuando finalmente tocó el Corazón del Alba, una explosión de luz se desató. Era como si el sol hubiera nacido dentro del océano, iluminando cada rincón de ambos mundos. La grieta se cerró, y el Umbral desapareció con un grito final que se perdió en el eco del resplandor.

Amara despertó en la orilla, rodeada por su pueblo y los Luminaris. Aunque había perdido la conciencia al sellar la grieta, su corazón ahora brillaba con la misma luz dorada del cristal. Los Luminaris explicaron que parte de su esencia había quedado en ella, uniendo para siempre a humanos y seres de luz.

Desde ese día, los Luminaris y los humanos aprendieron a coexistir como iguales. Las ciudades en los árboles madre se abrieron a los habitantes terrestres, y juntos, reconstruyeron el equilibrio. Amara se convirtió en un símbolo de esperanza, una prueba viviente de que la valentía y la unión podían vencer cualquier sombra.

El mundo de los cielos púrpuras y los mares de plata líquida volvió a prosperar, iluminado por la luz de quienes se atreven a enfrentar la oscuridad. Y aunque el Corazón del Alba había regresado a su letargo, todos sabían que mientras humanos y Luminaris permanecieran unidos, ninguna sombra podría prevalecer.

Espera en la puerta

Raúl había recibido instrucciones precisas: esperar frente a la puerta de la casa número 17 en la calle Olmo. Sin golpear, sin hablar. Solo esperar. La carta era breve, sin firma ni explicación.

Eran las once de la noche cuando llegó. La puerta, negra y vieja, parecía consumir la poca luz de la farola cercana. Alrededor, el silencio era opresivo, como si el mundo entero contuviera la respiración.

Pasaron los minutos. Raúl sintió el peso del tiempo y una creciente sensación de ser observado. Quiso marcharse, pero sus pies parecían enraizados al suelo. De repente, un leve murmullo surgió del otro lado de la puerta. Se estremeció, tratando de entender lo que decía.

A las once y media, el pomo giró lentamente, pero la puerta no se abrió. Solo se escuchó un crujido y luego el silencio volvió a caer, más pesado que antes.

A medianoche, el reloj del pueblo dio las doce campanadas. Con la última, la puerta se abrió de golpe. Dentro, todo era oscuridad, salvo un espejo que reflejaba a Raúl... pero su reflejo sonreía.

La puerta se cerró tras él sin emitir sonido alguno. A la mañana siguiente, en la calle Olmo, el número 17 ya no existía.

Raúl no entendía cómo había llegado a aquel lugar. La estancia era fría, casi helada, a pesar de no haber ventanas. El espejo seguía allí, inmóvil, reflejando una versión de él mismo que no sentía del todo propia. Esa sonrisa torcida, esos ojos con un brillo burlón, no le pertenecían.

Se acercó con cautela, como si el cristal pudiera devorarlo. Cuando estuvo a escasos centímetros, su reflejo parpadeó... pero él no. Se apartó de un salto. El corazón le martilleaba en el pecho.

—¿Raúl? —preguntó una voz tras él.

Se giró. Nadie. La voz era suave, casi infantil. Venía de todas partes, o de ninguna.

—Raúl, has venido. Eso es... inesperado.

—¿Quién eres? —preguntó, con la garganta seca.

—La pregunta no es quién soy yo —respondió la voz—, sino quién eres tú... y qué has olvidado.

Las luces parpadearon, y por un instante, el cuarto se llenó de sombras. No había lámparas. No había techo. No había lógica.

Raúl intentó volver sobre sus pasos, pero la puerta había desaparecido. En su lugar, había un pasillo largo y serpenteante, con paredes cubiertas de relojes detenidos en distintas horas. Ninguno marcaba la misma.

Caminó.

Pasó junto a relojes que tiritaban con un tic-tac silencioso, junto a retratos sin rostros y cuadros que cambiaban de forma cada vez que los miraba. Había algo profundamente erróneo en todo aquello. Como si el mundo hubiese sido reconstruido por alguien que no entendía bien cómo funcionaba la realidad.

Al llegar al final del pasillo, una escalera descendía hacia la nada. Un leve perfume a lilas flotaba en el aire, incompatible con la atmósfera estancada. Bajó.

La sala en la que apareció al final de la escalera parecía una mezcla entre un salón victoriano y un teatro abandonado. Cortinas rojas desgarradas colgaban de los muros. En el centro, un hombre estaba sentado en un sillón enorme. Llevaba una máscara blanca, sin rasgos.

—Has tardado —dijo, sin moverse.

Raúl no respondió.

—No me reconoces. Lo comprendo. La memoria se deshilacha con el tiempo.

—¿Qué es este lugar?

El hombre ladeó la cabeza.

—Un cruce. Un umbral. Un espejo roto. Llámalo como quieras. Estás en medio de ti mismo.

Raúl frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Que llegaste aquí porque alguien te convocó... pero también porque parte de ti deseaba volver.

—¿Volver?

El hombre se levantó. Su silueta proyectaba una sombra inmensa, desproporcionada.

—¿Recuerdas el incendio? —preguntó.

Raúl palideció.

Un destello fugaz cruzó su mente: humo espeso, gritos, una puerta que no se abría, un reloj marcando las 00:00. Su hermano. La mirada desesperada de su hermano.

—No... —murmuró.

—No has vuelto a dormir desde entonces —continuó el hombre—. No porque tengas miedo... sino porque algo quedó incompleto.

Raúl dio un paso atrás. El espejo. La carta. El susurro.

—¿Qué soy para ti? —preguntó el hombre de la máscara.

Raúl no supo qué responder. El miedo le nublabla los pensamientos. Pero una certeza crecía en su pecho: ese lugar no estaba hecho para él, y sin embargo, era suyo.

—Quiero salir —dijo por fin, con voz firme.

El hombre asintió.

—Entonces elige.

Un nuevo espejo apareció, flotando en el aire. Esta vez no había reflejo. Solo una niebla espesa al otro lado.

—Puedes cruzarlo —dijo la figura—. Pero no volverás igual.

Raúl lo miró, y durante un instante, la máscara se agrietó. Detrás, unos ojos iguales a los suyos.

Era él.

Al cruzar el espejo, Raúl sintió un vértigo brutal. Su cuerpo se deshizo en fragmentos, como polvo al viento. Vio escenas de su infancia, rostros olvidados, decisiones pequeñas que cambiaron su vida sin que lo notara. Sintió culpa, tristeza, amor, ternura, miedo. Todo mezclado.

Y luego, silencio.

Cuando abrió los ojos, estaba en su cama. El reloj marcaba las 6:00. La carta ya no estaba. Tampoco el número 17 en la calle Olmo.

Pero algo había cambiado.

Raúl ya no tenía pesadillas. Recordaba el incendio, sí. Pero también la última mirada de su hermano... que ahora, por fin, parecía en paz.

Una mañana, al pasar frente a un escaparate, vio un espejo viejo. Su reflejo le devolvía la mirada. Y sonrió. Esta vez, era suya.